

LA MUERTE Y SUS CIRCUNSTANCIAS: LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO (1944)

Teodoro Hampe Martínez
Instituto Riva-Agüero

Gran Hotel Bolívar, apartamento 410, sábado 21 de octubre de 1944. A eso de las dos de la madrugada, en su dormitorio de amplios ventanales frente a la Plaza San Martín, cae pesadamente al suelo y se golpea la cabeza el polígrafo limeño don José de la Riva-Agüero y Osma, atacado por un fulminante derrame cerebral. Vanos resultarán los esfuerzos de los médicos, llamados de inmediato por el ayuda de cámara Everardo Loetscher (suizo), para salvar la vida del noble y erudito hombre de letras. Riva-Agüero cayó enseguida en coma y dejó este mundo, tras una crispante agonía de cuatro jornadas, el miércoles 25 de octubre, a los 59 años de edad.

Los avisos publicados en los días siguientes en la página de defunciones del diario *El Comercio* —esa fuente privilegiada para conocer la vida social de nuestro país— informan con detalle sobre la diversidad de instituciones a las cuales estaba vinculado el Marqués de Casa Dávila y Montealegre de Aulestia en los momentos finales de su existencia. Riva-Agüero era catedrático honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y miembro del Consejo Superior de la Pontificia Universidad Católica del Perú; presidente de la Asociación de Propietarios Urbanos de Lima, la Sociedad Amigos de Palma y la Comisión arquidiocesana de monumentos y obras de arte religioso; director de la Academia Peruana de la Lengua; prefecto de la Congregación de seglares de Nuestra Señora de la O; miembro de número de la Academia Nacional de Derecho, el Instituto Histórico del Perú y la Sociedad Peruana de Filosofía; miembro de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima; socio protector de la Asociación de Artistas Aficionados, la Asociación Nacional de Scouts y la Sociedad Cultural Insula; socio honorario de la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina y el Club Lawn Tennis de La Exposición; socio activo del Club Nacional, el Club de la Unión y el Country Club de Lima; hermano de la Tercera Orden de San Francisco y la Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario.

En las páginas siguientes trataremos las circunstancias que rodearon el fallecimiento de don José de la Riva-Agüero, poniendo especial atención en los

problemas de la coyuntura político-ideológica, las relaciones sociales del personaje, los arreglos para la transmisión de su herencia, su enfermedad postrera y los detalles más representativos de su solemne funeral.¹

I

Encierra gran valor una copia mecanográfica del testamento que Riva-Agüero otorgó en la ciudad de Roma el 3 de febrero de 1926, luego del fallecimiento de su madre. Por este instrumento diseñaba una especie de línea de sucesión para la herencia de sus propiedades: iba en primer lugar su tía materna Rosa Julia de Osma y Sancho Dávila, en segundo lugar su tío paterno Enrique de la Riva-Agüero y Riglos y en tercera ubicación —a falta de los dos primero nombrados— la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, a la cual imponía la condición de "invertir el producto de mis bienes en aumentar la dotación de las cátedras universitarias [...] de Historia del Perú, en promover los estudios de historia peruana de todas las épocas y en excavaciones arqueológicas prehispanas".² Más adelante, producido su retorno definitivo a Lima, el hombre de letras cambiaría radicalmente los términos de ese testamento.

Después de la muerte de su tía Rosa Julia, a la cual hizo enterrar junto con su madre en el cementerio de Campo Verano, vecino a la iglesia de San Lorenzo de Roma, Riva-Agüero decidió tomar el camino de regreso a la patria, poniendo fin al "autoexilio" que había adoptado para demostrar su oposición al régimen modernizador y autocrático de Augusto B. Leguía. Le tocó desembarcar en el puerto del Callao justamente por los días en que era depuesto este mandatario, a consecuencia de la revolución militar de agosto de 1930. La mayoría de quienes todavía recuerdan al maestro han guardado la imagen que tenía en esa etapa postrera de su existencia, cuando volvía impregnado del neohumanismo espiritualista y devotamente reconvertido al catolicismo. Uno de quienes más lo trataron por entonces, José Jiménez Borja, evoca su figura así:

Era don José de estatura más baja que alta, grueso de cuerpo, pero de facciones finas y aporcelanadas, francos y claros los ojos, poderosa la cabeza caucásica. Sus ademanes, en un equilibrio de afecto y dignidad que parecía filtrado por los siglos, lo mismo que su verba, humana y abundante, daban inmediatamente confianza. Su charla era abundosa, un tanto añeja, de construcción como escrita, en períodos bien sintagmados, sin dejar de ser fresca y natural.³

Por su parte, Luis Alberto Sánchez rememora que en 1930, cuando el Marqués volvió definitivamente a la patria, muchas personas estaban convencidas de que sus servicios podrían ser de utilidad para la Universidad de San Marcos y que inclusive podría aspirar al cargo de rector. Era tal vez porque no se conocía mucho "sobre sus profundas variaciones doctrinarias en pos del fascismo y del ultramontanismo".⁴ Lo cierto es que Riva-Agüero aceptó en 1931 asumir la dirección del flamante Instituto de Historia en la Facultad de Letras sanmarquina, teniendo aquí como secretario al alumno Jorge Fernández Stoll y como colegas docentes a Jorge Basadre, Jorge Guillermo Leguía, Manuel G. Abastos y el propio Sánchez. A pesar de que estaba en funcionamiento la novedosa ley del cogobierno estudiantil, se mantuvo al frente del Instituto de Historia durante varios meses, hasta que tomó pretexto de un incidente provocado contra su amigo Víctor Andrés Belaunde para renunciar a la dirección en demostración de camaradería.

Se ha dicho que Riva-Agüero no encontró en su alma máter sanmarquina la acogida que esperaba, y ello lo condujo a quebrar su tradicional vinculación con esta Universidad y modificar su legado testamentario original, "por lealtad a sus convicciones y a su conciencia, y como protesta por el desborde político, intransigente y tumultuoso".⁵ De ahí en adelante lo veremos brindando sus mejores empeños a la otra casa de estudios superiores que existía en la capital, la entonces pequeña Universidad Católica, donde fue de inmediato recibido con beneplácito por el rector Jorge Dintilhac y los padres de la congregación de los Sagrados Corazones que lo secundaban. En 1932 el Marqués se lanzó inclusive como candidato a la vicerrectoría de dicha institución, pero salió derrotado por estrecho margen frente a Carlos Arenas y Loayza, jurisconsulto que también pertenecía a la llamada "generación del novecientos".⁶

Apartado resueltamente de San Marcos, Riva-Agüero se dedicó a atacar con particular virulencia a los focos apristas e izquierdistas, sobre todo durante el tiempo en que desempeñó la cartera ministerial de Justicia, Culto e Instrucción (1933-1934). Para entonces ya había pronunciado su famoso discurso en el Colegio de la Recoleta, donde hizo expresa renunciación de su liberalismo de los años juveniles y manifestó su adhesión al fascismo: "a grito herido —comenta Luis Alberto Sánchez— voceó su reencontrado catolicismo, un tanto de corte mahometano por su belicosa intolerancia".⁷ En medio de una furibunda campaña de prensa, los editores apristas de *La Tribuna* llegaron a endilgar al hombre de letras el insultante mote de "Sánchez Cerro erudito"...

II

A causa del terremoto de mayo de 1940 las dos residencias capitalinas del Marqués, la mansión solariega de Lártiga y la casa de veraneo de Chorrillos, habían quedado seriamente maltrechas, y fueron sometidas durante los años siguientes a reparaciones lentas pero cuidadosas. Entonces decidió Riva-Agüero tomar alojamiento en el céntrico Hotel Bolívar; permaneció aquí cuatro años, durante los cuales no dejó de cumplir con esmero —a pesar de fatigas y achaques— sus responsabilidades intelectuales, sociales y financieras. Y en el Hotel precisamente le alcanzó la muerte, en octubre de 1944. Al respecto, José Jiménez Borja ha divulgado con buena repercusión la imagen de que el noble intelectual, que por sus antepasados podía lucir bien cuatro siglos de vecindad en Lima, terminó paradójicamente su existencia en "ese alojamiento destinado a foráneos".⁸

Cuando se instaló a residir en el Bolívar, después de su lucida vuelta al mundo de 1938-1940, Riva-Agüero era una persona ya bastante trajinada, un señor de personalidad fina, noble, cortés, siempre elegantemente vestido y que, no obstante ser bajo de estatura y regordete, gozaba de una fisonomía simpática. Así lo recuerdan los empleados todavía sobrevivientes en el Hotel, donde ha quedado virtualmente inalterada la habitación 410 (en que falleció el Marqués), una *suite* con balcón y amplias ventanas sobre la calle y una pequeña sala de recibo. Enfrente se sitúa la habitación 409, una pieza interior y más discreta, en la que moraba el ayuda de cámara Everardo. Para sus desplazamientos usaba don José una gran limusina negra, conducida por su chofer Manuel, y tenía como engreído en el Hotel al *maitre* del comedor, un suizo de apellido Sampestein.

A Everardo o Eduardo Loetscher —auténtico brazo derecho del maestro— lo recuerdan aquellos empleados como un hombre parco, reservado, discreto; siempre dispuesto a colaborar eficazmente con su patrón, quien desde las primeras horas de la mañana se mantenía ocupado en sus libros, sus papeles y su devoción religiosa ("marchaba de continuo con un misal bajo el brazo", según evoca uno de los conserjes). En aquella sazón el Gran Hotel Bolívar, con cinco estrellas y más de cuatrocientas camas, atravesaba su período de mayor esplendor, siendo lugar de cita ineludible para los más exitosos hombres de negocios y los miembros de la alta sociedad. Aquí Riva-Agüero tenía como vecinos permanentes a don Emilio Hilbck Seminario, en la habitación 306, a la condesa Susana Potocka (nacida Iturregui de Orbegoso), en la 308, y a don Guillermo Swayne y Mendoza, en la 340. Por desgracia, no hemos podido verificar estas agradables remembranzas en el libro de registro de pasajeros, que aparentemente se ha extraviado.⁹

Por su actuación tan relevante en la esfera pública y académica, se ha dicho que el Marqués de Casa Dávila y Montealegre de Aulestia se erigió en una verdadera institución de la vida limeña. Esta idea ha sido desarrollada por Aurelio Miró-Quesada Sosa con brillante estilo y afectuosa recordación:

Quienes no le escucharon no pueden adivinar lo que significaba oírle y verle, con su ademán inconfundible, el tono de su voz indesmayablemente sostenido, el aire unas veces desdenoso, otras beligerante, y otras veces irónico, con que iba descargando sus multiplicados adjetivos. Quienes no recorrieron con él las calles y los rincones de la vieja ciudad no podrán suponer hasta qué punto recordaba anécdotas y escenas como si fuesen sucesos coetáneos... Quienes tienen de él una simple idea doctoral y solemne no pueden tampoco imaginar su sonrisa cordial entre los íntimos, su buen humor zumbón, su sencillez humana y su ironía.¹⁰

Muy amablemente, el historiador Jorge Zevallos Quiñones nos ha permitido consultar un cuaderno manuscrito con memorias e impresiones de una serie de comidas y tertulias que sostuvo con Riva-Agüero en su época del Hotel Bolívar. En el párrafo inicial de este cuaderno, apunta el citado historiador con emoción: "Circunstancias que no acabo de agradecer a la Providencia me han convertido en un amigo cercano a íntimo, y en discípulo tratado con afecto, de un hombre extraordinario y en el Perú sin antecedentes de equivalencia ni esperanzas de posible imitación o superación...".¹¹ Valdría realmente la pena emprender la publicación íntegra de dichas memorias, a través de las cuales se refleja la opinión personal y directa de don José de la Riva-Agüero sobre diversos protagonistas y circunstancias de la historia patria, así como su versación en la llamada "historia secreta de la genealogía limeña".

El cuaderno mencionado contiene un extracto de siete entrevistas sostenidas con el Marqués entre julio de 1943 y octubre de 1944, o sea breves días antes de su fallecimiento. Los apuntes de Zevallos Quiñones recogen sus enjuiciamientos acerca de la contribución historiográfica de Jorge Basadre, la actuación de Rodríguez de Mendoza, Vidaurte, Piérola y otros personajes del siglo XIX, las desavenencias internas en la Universidad Católica de Lima, el problema racial del Perú y cuestiones de política internacional. Aquí nos limitamos básicamente a aprovechar las páginas finales, donde el emocionado discípulo ha registrado las circunstancias de la agonía y la muerte de don José con sinceridad y minuciosa información (véase Apéndice, *infra*).

III

Para reconstruir con detalle la vida de Riva-Agüero en sus últimos días, contamos afortunadamente con las dos agendas personales para 1944 (libretas de formato pequeño, compradas en la Librería-Papelería "La Merced", del jirón de la Unión) que el polígrafo llevaba con la ayuda de su secretario, Eduardo Indacochea. En esas hojuelas de letra abigarrada, escritas mayormente a lápiz, se registran las citas, entrevistas, proyectos y obligaciones sociales que formaban la actividad cotidiana del gran académico.¹² Por lo general, el secretario intervenía en la agenda para hacer anotaciones de tipo rutinario, como los almuerzos de cada miércoles en casa de los primos Osma, en Barranco, o las fechas de cumpleaños de ciertos personajes allegados. Es el caso, por ejemplo, de los natalicios de la condesa Susana Potocka (8 de octubre), la señora Ramírez Alzamora (11 de octubre) y doña Catalina Carrillo de Albornoz y Barúa (25 de octubre).

Las mismas agendas personales nos permiten conocer las amistades y relaciones que formaban el círculo más íntimo de Riva-Agüero en la etapa final de su vida. Abundan las menciones a su médico Oswaldo Herculles, a su abogado Héctor Marisca y a sus buenos vecinos del Hotel Bolívar, don Guillermo Swayne y Mendoza y la condesa Potocka; figuran asimismo discípulos suyos como Pedro Benvenuto Murrieta, Ella Dunbar Temple, Jorge Zevallos Quiñones y Manuel de la Puente y Lavalle; se encuentran citas, almuerzos o cenas con Víctor Andrés Belaunde, Pedro G. Beltrán, Manuel C. Gallagher, Rafael Loredo, Emilio Guimoye y el Marqués de Aycineña, a la sazón embajador de España en Lima. También se deja apreciar su devoción católica con las frecuentes referencias a misas, ejercicios espirituales y tertulias, sobre todo en la iglesia de San Pedro, el convento franciscano de los Descalzos y la Nunciatura Apostólica.

A los 59 años de edad, sin embargo, don José se encontraba ya bastante gastado y achacoso. Las propias notas de su diario personal revelan más de una cita en la Clínica Americana (por ejemplo, el lunes 16 de octubre), reuniones con médicos y aplicación de inyecciones (por ejemplo, el miércoles 18 de octubre). En la jornada previa a su fulminante derrame cerebral, viernes 20 de octubre, se registra la siguiente actividad: a las 11 a. m., reunión en la casona de Lártiga con el empleado Quispe; por la tarde, entrevista con Ella Dunbar Temple; a las 6 p. m., cita en la Nunciatura Apostólica; a las 8:30 p. m., cena en casa de la familia Bueno. De regreso en su apartamento del Hotel, ya pasada la medianoche, le sobrevendría el ataque fatídico.

¿Cuáles eran, a esa altura, los planes inmediatos en la vida del Marqués? La súbita gravedad previa a su deceso le impidió asistir a una cena acordada con la familia

Larragán (domingo 22 de octubre, a las 9 p.m.); estar en una reunión de asuntos domésticos referente a su finca de la calle Espalda de Santa Clara (lunes 23 de octubre, a las 3 p.m.); y, sobre todo, hallarse presente en la ceremonia de inauguración de la placa conmemorativa de Bernardo O'Higgins, que todavía hoy subsiste en la mansión donde acabó sus días el prócer chileno, en la calle Espaderos, colindante por la parte trasera con la casa natal de Riva-Agüero. Dicha placa fue instalada el 24 de octubre de 1944, víspera de la desaparición del noble propietario.¹³

Riva-Agüero solía llevar cuenta muy precisa de sus gastos corrientes, conforme se puede observar a través de la última chequera que usó (signada con la cifra R-61), perteneciente al Banco Internacional del Perú. Citaremos algunos instrumentos de pago que otorgó, con fines diversos, en los días precedentes a su trance: abonó 650 soles a su empleado Peralta por "una llanta de repuesto, algo usada" (17 de octubre); 30 soles al tesorero del Country Club de Lima, en satisfacción de su cuota trimestral como socio de esta institución (18 de octubre); y 220 soles a su mayordomo Everardo, para la compra de enseres domésticos y medicinas (19 de octubre). Luego de estas operaciones quedaba en la cuenta del Marqués un saldo favorable de 2.000,08 soles.¹⁴

A través de los sucesivos testamentos rivaagüerinos, de los cuales trataremos más adelante, se aprecia el profundo afecto que don José guardaba hacia su empleado suizo Everardo, llamado en realidad Eduardo Loetscher (hijo de Carolina Felder-Loetscher y natural del cantón de Lucerna), quien lo acompañó por más de quince años, hasta el momento de su deceso. Respecto a este curioso personaje, el historiador José Carlos Martín ha tenido la suerte de hallar en el archivo de la familia Pardo unas memorias breves —texto mecanografiado en dos carillas— que parecen corresponder justamente a Everardo. Al dar a publicidad ese documento, Martín sostiene que se trata de una fuente de interés para los investigadores y biógrafos de Riva-Agüero, ya que contiene aspectos desconocidos de su vida infantil y familiar.¹⁵

Descendiendo al nivel de la microhistoria y de la chismografía, Everardo desarrolla la trayectoria socio-económica del linaje de los Osma. Así obtenemos una morosa reconstrucción de la vida en la casona de Lártiga desde que pasara a ocuparla don Ignacio de Osma y Ramírez de Arellano (1822-1893), el abuelo materno del Marqués. Fue este antepasado quien realmente se encargó de armar la millonaria fortuna de don José, al comprar el terreno para la casa sobre el malecón del naciente balneario de Chorrillos, adquirir la mitad faltante de la hacienda Manrique, en Pisco, y tomar en alquiler y comprar posteriormente el

extenso fundo Pando, ubicado en el camino al Callao. Anota Everardo que en la familia se recordaba "con qué gusto comían la buena fruta que producía" esta hacienda limeña. Riva-Agüero se crió con su madre y sus tías maternas en los altos de la casona de Lártiga, y al alquilarse los bajos de esta residencia se trasladó el altar y los mosaicos antiguos de la capilla —en la que había sido bautizado don José— al rancho de Chorrillos.

Las memorias del ayuda de cámara suizo parecen sin embargo trucas, pues no llegan más allá de la infancia de su patrón, al que presenta como travieso lector y acólito en la capilla de dicha residencia familiar.¹⁶

IV

Exponemos a continuación el inventario de los bienes inmuebles que dejó Riva-Agüero, conforme a la diligencia practicada en Lima el 2 de enero de 1945 por iniciativa de su albacea principal, el Dr. Constantino J. Carvallo. Para calcular el valor aproximado de estas propiedades, podemos utilizar el expediente (nº 947) que el 20 de diciembre de 1946 quedó protocolizado ante la Dirección General de los Registros Públicos, por intervención del abogado Eduardo Marisca Lozano. No es factible, sin embargo, presentar una valoración completa de la herencia, ya que al tratarse de una cesión hecha a una institución educativa sin fines de lucro —la Pontificia Universidad Católica del Perú— dicha masa fue "declarada exenta del pago del impuesto, según consta de la resolución inserta en los partes presentados".¹⁷ Sólo podemos echar mano, entonces, de ciertas valoraciones asignadas previamente por el Banco Central Hipotecario al otorgarse hipotecas sobre seis de los inmuebles en cuestión.

Para ofrecer una mejor idea de las sumas, tendremos en consideración la tasa cambiaría oficial de la moneda peruana, fijada por entonces en 6,50 soles por dólar americano.¹⁸ De todo ello resulta la siguiente lista y tasación de las propiedades dejadas en herencia por don José de la Riva-Agüero:

1. El fundo Manrique y su anexo Vallejos, en el valle del Cóndor (Pisco) — sin tasación
2. El fundo Pando y sus anexos San José y San Cayetano, en el valle de la Magdalena (Lima) — valorado en 574.000 soles [ca. 88.308 dólares]
3. Una finca en la calle Lártiga o jirón Camaná, nº 459, Lima (la casa solariega del Marqués) — valorada en 200.358 soles [ca. 30.824 dólares]

4. Una finca en la calle Lártiga o jirón Camaná, nº 465-479, Lima, y una finca en la calle Lescano o jirón Huancavelica, nº 156-198, Lima — valoradas juntas en 441.264 soles [ca. 67.887 dólares]
5. Una finca en la calle Espaderos o jirón de la Unión, nº 550-564, Lima (la casa donde murió O'Higgins) — valorada en 582.760 soles [ca. 89.655 dólares]
6. Una finca en la calle Plateros de San Agustín o jirón Ica, nº 162-192, Lima — valorada en 387.335 soles [ca. 59.590 dólares]
7. Una finca en la calle San José o jirón Junín, nº 340-358, Lima — valorada en 289.594 soles [ca. 44.553 dólares]
8. Una finca en la calle Espalda de Santa Clara o jirón Huánuco, nº 510-658, Lima — sin tasación
9. Una finca en la calle Cocharcas o jirón Huánuco, nº 901-943, Lima — sin tasación
10. Una finca en la calle del Pozo o jirón Dos de Julio, nº 437-445, Rímac — sin tasación
11. Una finca en la calle Borricos o jirón Cajamarca, nº 396-398, Rímac — sin tasación
12. Una finca en la calle Las Leonas o jirón Pataz, nº 291-295, Rímac — sin tasación
13. Una finca en la calle Minas o jirón Ayabaca, nº 213-235, Rímac — sin tasación
14. Una finca en la calle Lima, nº 304, Chorrillos (con frente también a las calles Pardo y Santa Teresa) — sin tasación
15. Un terreno en la calle Puno o jirón Ayacucho, tercera cuadra, Lima — sin tasación
16. Un terreno en la avenida La Paz, lote nº 51, La Perla — sin tasación
17. Un terreno en la avenida La Paz, lote nº 55, La Perla — sin tasación

Tomando en cuenta sólo seis de aquellas diecisiete propiedades, para las cuales existía una tasación en debida forma, se establece como valor parcial de la

herencia de Riva-Agüero la suma de 2.475.311 soles (o sea, unos 380.817 dólares). Esto nos permite hablar de una fortuna auténticamente millonaria, confirmando la aseveración de que se trata de uno de los legados testamentarios más cuantiosos en la historia del Perú republicano.¹⁹ Cabe añadir por cierto que las tierras de irrigación modernamente acondicionadas en el fundo Manrique, del valle de Pisco, fueron tomadas en arriendo a partir del 1 de octubre de 1944 —sólo tres semanas antes de la muerte del Marqués— por los empresarios agrícolas Emilio Guimoye y Armando Feraldo.

Como era lógico, la Universidad Católica del Perú manifestó públicamente su congoja por la desaparición del insigne maestro y benefactor, que al momento de fallecer era el representante de la arquidiócesis de Lima dentro del Consejo Superior de nuestro plantel. En sustitución, su plaza de consejero fue asumida por Mons. Leonardo Rodríguez Ballón, un religioso franciscano, luego arzobispo de Arequipa. En la memoria anual de 1944, el rector P. Jorge Dintilhac se expresaba sinceramente sobre el infausto suceso:

El fallecimiento de don José de la Riva-Agüero y Osma, no solamente consejero y catedrático ilustre, sino maestro de sus juventudes, paradigma de cristianos, pensador católico, historiador y literato, y generoso protector de esta institución, nos ha llenado de dolor inconsolable.²⁰

En diciembre de 1945 egresaba de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas la promoción llamada "José de la Riva-Agüero", donde se reunió un importante grupo de estudiantes de tendencia conservadora, seguidores de la doctrina y los ideales de vida del finado Marqués. El alumno premiado por las mejores calificaciones en dicha promoción fue el abogado, historiador y maestro José Agustín de la Puente Candamo;²¹ también integraban ese grupo estudiantes distinguidos como Julio Vargas Prada, Jaime López Raygada y Esperanza Valdez de la Torre, entre otros. La mayor parte de ellos estuvieron concentrados en torno a la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, el Centro Fides —que sesionaba en la propia casona de Lártiga— y la revista *Blasón* (fundada en 1942).

Con el propósito de enaltecer la memoria del polígrafo limeño, Víctor Andrés Belaunde fomentó la creación del Instituto Riva-Agüero, centro destinado a profundizar la enseñanza e investigación en las disciplinas humanísticas, que se inauguró el 18 de mayo de 1947 en la restaurada casa natal de don José. Al otorgarse al Instituto la categoría de escuela de altos estudios (1953), quedó declarado que su fin consistía en "construir una visión unitaria del saber en armonía con la fe

católica, la tradición peruana y las aspiraciones sociales del hombre moderno".²² Por otra parte, los principales órganos del gobierno central de la Universidad Católica se trasladaron asimismo en 1947 a esa vieja residencia de los Ramírez de Arellano, pieza típica de la arquitectura barroca colonial del siglo XVIII, con dos plantas, zaguán, patios y balcones.

Por aquellos mismos años, conforme se aclaraba el panorama legal con respecto a la herencia rivagüerina, fue tomándose paulatinamente conciencia de la utilidad de instalar el *campus* universitario en terrenos del fundo Pando. Este comprendía una extensión total de 314 hectáreas, de las cuales 39 eran intangibles por constituir zona arqueológica, con restos monumentales, ceramios y tejidos de la cultura Maranga. Entre los aspectos favorables del fundo Pando, un memorándum de la época mencionaba su suelo llano, su clima bueno, la amplitud de sitio para extenderse y la posibilidad de levantar residencias estudiantiles y canchas deportivas. No tardó mucho en resolverse la conversión urbanística de ese predio agrícola y la edificación ahí del nuevo *campus*, que empezó con un contrato de diseño firmado en 1954.²³

V

En una reciente tesis de abogacía, presentada ante la Facultad de Derecho de la Universidad Católica, Carlos E. Carpio Ramírez ha explorado los trámites que siguieron los albaceas de Riva-Agüero para abrir oficialmente y poner en ejecución las cartas de última voluntad del Marqués. Tales documentos se encuentran protocolizados en los registros ordinarios de 1944 llevados por el notario limeño Augusto Changanaquí Brent.²⁴

Considera remos en primer lugar el testamento que Riva-Agüero otorgó en Lima el 3 de diciembre de 1933, integrado por 21 cláusulas, entre la parte cerrada y la parte abierta del documento. Ahí declaraba ser hijo legítimo y único de don José Carlos de la Riva-Agüero y Riglos y de doña María de los Dolores de Osma y Sancho Dávila (ya difuntos), y reconocía haber sido adoptado legalmente por su tía Rosa Julia de Osma, "de quienes heredé los bienes que hoy poseo".²⁵ A continuación mencionaba cuatro pequeñas y antiguas fincas en el barrio limeño de Abajo el Puente, sitas en las calles del Pozo, Borricos, Las Leonas y Minas, ordenando entregarlas después de su muerte a la Beneficencia Pública de Lima para que sirvieran al amparo de gentes menesterosas. En cuanto a su sepelio, mandaba que su cadáver fuese embalsamado y enterrado con el hábito y cordón de la Tercera Orden de San Francisco; si para la fecha de su deceso no estuviera aún listo el mausoleo familiar que planeaba construir en el cementerio general Presbítero

Maestro, disponía que sus restos fuesen sepultados en Roma, en el cementerio de San Lorenzo o Campo Verano, junto a los de su madre y su tía Rosa Julia.

En dicho testamento de 1933 se refería con aprecio a su ama de llaves española, Manuela Sanz Herrans, y a su *vale* suizo, Everardo Loetscher, a los cuales asignaba beneficio de varios sueldos y pasajes de regreso a Europa. En la parte cerrada del documento señalaba el modo en que deberían darse a luz póstumamente sus obras completas, incluyendo escritos tanto éditos como inéditos, bajo el cuidado de su amigo don Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo, distinguido historiador del arte español. Además, establecía las funciones de una Junta administradora de sus bienes, presidida por su tío don Pedro de Osma y Pardo (albacea principal), que por espacio de veinte años habría de ocuparse en cobrar y promover las rentas dejadas por Riva-Agüero y cumplir sus mandas testamentarias. En la referida escritura nos interesa sobre todo la cláusula 17ª, que literalmente dice:

Instituyo por mi heredera a la Universidad Católica del Perú, la que tendrá el usufructo de mis bienes, recibiendo sus productos de la Junta administradora, y los adquirirá en propiedad absoluta dicha Universidad Católica del Perú —entregándoselos la Junta administradora— sólo si la Universidad Católica existiera el vigésimo año, contando desde el día de mi fallecimiento.²⁶

En caso de que no subsistiera la casa de estudios de la Plaza Francia, la masa patrimonial se distribuiría en dos mitades: una para dotar becas de estudiantes peruanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Lovaina y otra para costear a seminaristas peruanos en el Colegio Pío Latino-Americano de Roma. Fueron testigos al otorgamiento de la trascendental parte secreta del documento, Manuel Pardo Althaus, Carlos Barrera y Laos, Edilberto C. Boza, José Miguel Vélez Picasso, Baldomero Santa María Aliaga, Jerónimo de Aliaga y Germán Vásquez de Velasco.

Allí tenemos, pues, el fundamento legal que justifica el acceso de la Pontificia Universidad Católica del Perú a la millonaria fortuna del Marqués de Casa Dávila y Montealegre de Aulestia. El punto de la herencia no sería alterado en ninguna de las tres escrituras de última voluntad que extendió posteriormente nuestro personaje.

El 23 de mayo de 1935, obrando nuevamente ante el notario limeño Agustín Rivero Hurtado, Riva-Agüero suscribió un codicilo con reformas puntuales a ciertas cláusulas de aquel testamento. Respecto a la Junta administradora de sus bienes,

dispuso que sería integrada por don Pedro de Osma y Pardo y por otros seis miembros, entre ellos Víctor Andrés Belaunde y el que fuere rector de la Universidad Católica. Y en cuanto al encargo de "reunir, clasificar y poner en limpio mis escritos y correspondencia de interés general", ordenaba emplear junto con el Marqués del Saltillo los servicios de Eduardo Indacochea, el secretario privado de don José, quien sería remunerado por este trabajo especial con la suma de 3.800 soles.

Además, existe un testamento ológrafo que emitió el 1 de setiembre de 1938, en Lima, hallándose "a punto de partir para un viaje alrededor del mundo". Sorprende encontrar en la cláusula primera de este texto una declaración a marga en contra de su padre, don José Carlos de la Riva-Agüero y Riglos (1856-1906), al decir que "todos los bienes que hoy poseo me vienen de mi madre y mi tía, pues de mi padre no heredé sino deudas". Luego se refiere a una memoria pía en honor de la Virgen de Valvenera legada por una tía-bisabuela suya, doña Ignacia Ramírez de Arellano, y dispone un cambio sustancial en la composición de la Junta administradora de sus bienes. Esta debería quedar integrada por el Dr. Constantino J. Carvallo Alzamora (su médico de cabecera y luego ministro de Salud Pública), doña Belén de Osma y Pardo (tía suya) y don Francisco Moreyra y Paz Soldán (buen amigo y allegado de la familia).

Por otra parte, Riva-Agüero mejoraba en 1938 las compensaciones prometidas a sus "fieles criados" Manuela Sanz y Everardo Loetscher, quienes recibirían un legado suplementario de 12.000 soles, fuera de sus sueldos acostumbrados y pasajes de primera clase para regresar a sus lugares de naturaleza en Europa. Disponía asimismo que los miembros de la Junta administradora percibiesen un emolumento de 200 soles al mes y que su secretario Eduardo Indacochea embolsara, mientras durase su trabajo de revisión de las cartas y escritos personales, la suma mensual de 300 soles.

Finalmente llegamos al testamento extendido en el Hotel Palace de Madrid, el 9 de diciembre de 1939, en presencia del embajador del Perú don Francisco Tudela y Varela y del académico Raúl Porras Barrenechea. Aquí nuestro personaje ratificaba en calidad de albacea especial en España al Marqués del Saltillo, estableciendo una manda adicional de 40.000 soles para que en la madre patria "se haga una edición corregida de mis libros y opúsculos y de algunos escritos inéditos y cartas políticas, documentos históricos de mi archivo y papeles de familia". Asentaba su intención de permanecer sepultado en su mausoleo familiar de Lima, no obstante que le tocase morir fuera del Perú, y volvía a aumentar las retribuciones póstumas en beneficio de su mucama española y de su "leal criado y ayuda de cámara"

suizo. Al lado de Porras Barrenechea, sirvieron como testigos al otorgamiento de dicha escritura el catedrático Eloy Bullón Fernández y el abogado Ramón de Rato.

La tesis de Carpio Ramírez —que hemos mencionado arriba— se ocupa con detenimiento del problema de los veinte años (hasta 1964) en que la Universidad Católica tendría sólo el derecho de usufructo sobre los bienes de Riva-Agüero.²⁷ La cuestión vino a resolverse satisfactoriamente, antes de que venciera el plazo, gracias a la intervención del rector y jurista Mons. Fidel Tubino Mongilardi. Este postulaba la interpretación de que nuestra casa de estudios era la legítima heredera y propietaria *ipso facto* de los bienes, aunque restringida únicamente en la facultad de administración de dicho patrimonio, la cual debía quedar en manos de una junta de albaceas (según estaba contemplado desde 1933 en los sucesivos testamentos del Marqués). La interpretación de Tubino se impuso y en tal virtud, mediante resolución emitida en 1957 por el juez provincial Francisco Velasco Gallo, la Universidad pasó a gozar plenamente el múltiple conjunto de casas, terrenos, fundos agrícolas, documentos, muebles y obras de arte que dejara don José de la Riva-Agüero y Osma.²⁸

VI

Bien conocido es el desabrimiento que tuvo Riva-Agüero, pocas semanas antes de fallecer, con el rector Dintilhac y los principales directivos de la Universidad Católica. Estos se mostraban en desacuerdo con las ideas excesivamente conservadoras de Pedro Benvenuto Murrieta, el destacado filólogo y discípulo predilecto de don José, que se desempeñaba como severo e inflexible secretario general de la institución (habiendo sido electo para este cargo el 15 de marzo de 1943). Desde entonces ha corrido con fuerza la versión de que el millonario polígrafo citó eventualmente a su abogado, Héctor Marisca —del estudio jurídico de Manuel Vicente Villarán—, para estudiar el cambio de la herencia asignada a nuestra Universidad; pero el destino quiso que el síncope fatal le alcanzara antes de modificar su voluntad testamentaria.

En una entrevista que gentilmente nos concedió pocos meses antes de fallecer, el bibliotecario e historiador Ricardo Arbulú Vargas insistía en el hecho de que don José se solidarizó enteramente con su discípulo Benvenuto, protegiéndolo frente a los enemigos que tenía dentro de la Universidad Católica, y amenazó de veras con alterar su manda de última voluntad.²⁹ El trasfondo de la cuestión parece hallarse en el debate ideológico que sacudió al claustro de la Plaza Francia durante los años 1940, enfrentando a una postura cercana al progresismo social-cristiano

(representada sobre todo por Víctor Andrés Belaunde y Cristóbal de Losada y Puga) con la línea católica dogmática más tradicional. Esta última vertiente era personificada por el secretario general, Benvenuto, cuya imagen vino a caer pronto en desgracia, sometida al desafecto de no pocos colegas que abogaban por su destitución. Los opositores al grupo rivagüerino odiaban en el fondo, se dice, la poderosa inteligencia y la filiación política fascistoide del Marqués.

Con desmañada irreverencia, René Porras Melgar —abogado que durante sus años estudiantiles fuera expulsado de la Universidad Católica— ha publicado un libro en el cual alude al benemérito rector Dintilhac, señalando que éste "timó" a Riva-Agüero para que en su testamento declarase como heredera universal de sus bienes a nuestra casa de estudios, "la misma que luego lo traicionó abiertamente". Más aún, el referido autor llega a escribir que la muerte sorprendió al polígrafo limeño "en circunstancias misteriosas, pocas horas después de un banquete en su honor".³⁰ No hubo tal desaparición súbita, porque el derrame cerebral lo puso en agónico estado de coma durante cuatro jornadas, y nadie hasta ahora había puesto en duda la buena fe de la invitación a cenar ofrecida por la familia Bueno-Tovar, aquella noche del 20 de octubre de 1944.

Lo que parece, más bien, es que Porras Melgar redactó esas desmesuradas líneas nutrido por la animosidad que durante lustros guardó y prohijó Ricardo Arbulú Vargas, el mejor amigo del destituido secretario general Pedro Benvenuto. En un testimonio publicado por invitación de Porras Melgar, el citado bibliotecario ha recordado la campaña opositora que dentro del Consejo Superior se libró contra Benvenuto, por celos frente a su estrictez reglamentaria, su entereza moral y su ideología conservadora. Guiado por evidente instinto ofensivo, Arbulú Vargas se anima inclusive a reconstruir un diálogo que habría sostenido don José con su discípulo predilecto en las vísperas de sufrir el derrame cerebral: "Voy a rehacer mi testamento y le haré, mi querido amigo Pedro, un legadito suficiente para que se dé usted una vuelta por Europa y se olvide de estos malandrines...". Y, además, deja latente la impresión —nunca probada— de que el Marqués falleció "asesinado" por los dirigentes de la Universidad Católica, que habrían estado temerosos de que modificara su testamento de 1933.³¹

Mayor certeza encierra el testimonio de Jorge Zevallos Quiñones, quien refiere que el ataque fatal del polígrafo fue motivado por las mortificaciones y contradicciones personales que sufrió durante el invierno de 1944, así como por el "estado de inquietud en que lo tenía la política burguesa nacional y el descontento con los hombres y los absurdos métodos". Principal causa de aquellas mortificaciones fueron sus puntos de vista discordantes con Belaunde, Losada y

la mayoría de los dirigentes de la Universidad Católica, según ya hemos explicado. Además, influyó una absurda polémica originada en la pretensión —defendida por el alcalde barranquino Montero Bernal— de echar abajo la iglesia vieja de dicho distrito. Zevallos Quiñones opina que "para la naturaleza finísima y conmovida de Riva-Agüero, estos incidentes lo amargaron profundamente y, quizás, precipitaron la crisis mortal".³²

Revisando el diario *El Comercio* en su edición matutina del miércoles 25 de octubre de 1944, no encontramos ninguna información referente a don José de la Riva-Agüero ni a su gravedad. Para ser cierta la impresión —recogida en nuestro diálogo con los antiguos empleados del Hotel Bolívar— de que su derrame cerebral y su triste agonía fueron manejados con sumo hermetismo por quienes formaban el círculo más íntimo del personaje. En dicha edición del periódico, sólo capta nuestra curiosidad una noticia local de la página 3, donde se da cuenta de la placa inaugurada por la Municipalidad de Lima en la casona donde muriera el prócer chileno Bernardo O'Higgins, ubicada en la calle Espaderos o quinta cuadra del jirón de la Unión, una finca que para entonces era propiedad de Riva-Agüero. A la ceremonia de inauguración, realizada en la mañana del martes 24 de octubre, concurrieron el ministro de Guerra, los embajadores de Chile y Argentina, el alcalde de Lima y "otras numerosas personas pertenecientes a nuestras esferas intelectuales y sociales", según anota el reportero.³³

En la primera plana de *El Comercio* vespertino del 25 de octubre, grandes titulares informaban sobre el combate naval y aéreo que las fuerzas de Japón y los Estados Unidos libraban frente a las costas de Filipinas, en medio de la Segunda Guerra Mundial. En la misma plana, un recuadro de sencillas dimensiones (bajo el rótulo SENSIBLE) exponía a los lectores: "Profundo sentimiento de pesar ha de producir la desaparición del eminente intelectual y prestigioso hombre público, doctor don José de la Riva-Agüero y Osma, acaecida al mediodía de hoy".³⁴ Durante las jornadas siguientes, efectivamente, se multiplicaban los comentarios necrológicos, los avisos de duelo y las noticias sobre el ceremonial correspondiente al sepelio de nuestro personaje.

Por haber sido decano del Colegio de Abogados de Lima, alcalde de esta capital y ministro de Justicia, Culto e Instrucción, se organizó un solemne protocolo para sus funerales. El propio Presidente de la República, don Manuel Prado Ugarteche, visitó en la noche del jueves 26 de octubre la capilla ardiente de la iglesia de la Recoleta donde se velaban los restos de Riva-Agüero. Se preparó una lista de los discípulos y alumnos de la Universidad Católica que —en quince tandas de a ocho— se ocuparían de cargar el ataúd de bronce con su cuerpo desde la Recoleta hasta la

basílica catedral de Lima, pasando por todo lo largo del jirón de la Unión. Los ocho estudiantes designados para componer tanto el primero como el último turno fueron los siguientes: Guillermo Velaochaga Miranda, Fernando Carrillo de Albornoz, José Agustín de la Puente Candamo, Carlos Carranza, Enrique Moncloa Diez-Canseco, Manuel de la Puente y Lavalle, Jorge Puccinelli Converso y Leopoldo Vidal Martínez.

Al cadáver de Riva-Agüero se le puso (conforme era su voluntad) el hábito de hermano terciario de San Francisco, con la insignia de catedrático de la Universidad Católica sobre el pecho. Después de la misa de honras celebrada el viernes 27 de octubre en la catedral, el féretro fue cargado por dos grupos de jóvenes profesores estrechamente vinculados a él, que lo condujeron hasta la carroza mortuoria. Estos privilegiados cargadores fueron: Aníbal Corvetto Vargas, Javier Pulgar Vidal, Jorge Zevallos Quiñones, Guillermo Gastañeta, Jorge Villarán Pasquel, Baltasar Caravedo Carranza, Carlos Scudellari y Eduardo Indacochea (el secretario privado), en el primer turno; y José Pareja Paz-Soldán, Jorge Young Bazo, Raúl Ferrero Rebagliati, Numa León de Vivero, Manuel Belaunde Guinassi, José Morales Urresti, Domingo García Rada y José Luis González Suárez, en el segundo turno. A continuación se llevaron los restos hasta el mausoleo familiar de los Riva-Agüero —edificado bajo la vigilancia del propio don José— en el cementerio general Presbítero Maestro.³⁵

En la emotiva ceremonia del último adiós hicieron uso de la palabra (1) el Ing. Enrique Laroza, ministro de Educación Pública, en nombre del Gobierno; (2) el Dr. Manuel C. Gallagher, ministro de Justicia y Trabajo, en nombre de los ex alumnos del Colegio de la Recoleta; (3) el Dr. Raúl Porras Barrenechea, en nombre de la Universidad de San Marcos; (4) el Dr. José Gálvez Barrenechea, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua; (5) el Dr. Víctor Andrés Belaunde, en nombre de la Universidad Católica; (6) el Dr. Ernesto Alayza Grundy, en nombre del Colegio de Abogados de Lima; y (7) Raimundo Morales Urresti, en nombre del estudiantado universitario. Este último tuvo una memorable intervención, en cuya parte nuclear declaró con resonancias futuristas:

Cuando los años aquieten las pasiones y duerman la incomprensión y el rencor bastardo, el recuerdo de José de la Riva-Agüero —ejemplo y meta inalcanzable de todos los estudiosos— será un monumento de roca grabado en el alma de las nuevas generaciones; y vendrán a su tumba otros miles de estudiantes, y sus voces serán nuevas para todos, pero no para él, que hallará en su eco la música inconfundible de la gratitud. Porque los hombres como Riva-Agüero viven en el aire dorado, como los sueños de los héroes y los ideales de la juventud.³⁶

En un ditirámico ensayo, Pedro Benvenuto Murrieta ha alabado las virtudes señoriles de su maestro, que destacaron en todas las misiones y empresas que llevó a cabo durante su vida. El era un gran señor —afirma— por su ejemplar veneración de todo lo sagrado y sublime; por su sentimiento de continuidad en lo familiar, histórico y cultural; por su apego a los valores nobiliarios; por su arrojo y sinceridad; por su sentido de servicio a las causas partidistas; por su preocupación por el bienestar colectivo; por su cortesía, su constante generosidad, su inquebrantable lealtad amistosa y su largueza con criados y protegidos.³⁷ Y el propio Luis Alberto Sánchez, no obstante haber mantenido diferencias de opinión política, señaló que respetaba en don José de la Riva-Agüero —neogodo y reaccionario— la acuciosidad del investigador y la entereza del hombre. Fue muy apasionado, en suma, pero ciertamente definido en sus convicciones y en su manera de actuar.³⁸



Componiendo este cuadro detallado de las circunstancias que acompañaron la muerte de Riva-Agüero, nos asalta la tentación de citar un ensayo de la profesora norteamericana Gertrude Himmelfarb, en el que denuncia a ciertos historiadores que —a la manera de maestros de escuela, con psicología de criados— no buscan la esencia de la Historia en los grandes hechos de la vida pública, sino en los pequeños detalles de la vida privada, y reducen las figuras eminentes al nivel de la gente ordinaria. Esto lleva consigo el peligro de caer en la forma "moderna" de la biografía, donde se produce una curiosa inversión de los roles: a medida que el personaje tratado pierde sus rasgos heroicos, el propio biógrafo empieza a convertirse en un héroe.³⁹ Mal hubiéramos hecho en reducir a don José de la Riva-Agüero y Osma a un papel subordinado. No ha sido éste nuestro propósito, sino rescatar a la luz pública y al terreno de la discusión objetiva una serie de factores, documentos y rumores que habían circulado hasta ahora *sotto voce*, entre los bastidores de una escena crucial.

Si hubiéramos contribuido a plasmar lo que se llama "la historia desde abajo", esclareciendo el trasfondo que rodeó la desaparición y la herencia de un ilustre personaje en el Perú del siglo XX, nuestro esfuerzo habría logrado su objetivo. Hegel enfatizó con acierto (y así lo recuerda Gertrude Himmelfarb)⁴⁰ que aun la persona que está inmersa en las minucias particulares de su propia vida tiene acceso a lo universal y participa de ello, porque es un miembro del Estado y de la sociedad, cuyas leyes, instituciones y costumbres lo elevan por encima de lo contingente y le otorgan un papel en el curso evolutivo de la Historia.

[A P É N D I C E]

LA MUERTE DE RIVA-AGÜERO

El domingo 22 de octubre, cerca de las 12 del día, supe por Alicita la gravedad de don José. A las 3 p.m. hablé por teléfono con don Guillermo Swayne Mendoza y, más tarde, con Paco Mendoza Canaval. No había dudas: Riva-Agüero estaba herido de muerte. A partir de esa noche, y hasta el fin, viví muy cerca a sus últimos alientos.



El día viernes 20 de octubre comió don José en casa de Claudio Bueno de la Fuente (casado con una señora Tovar). Cerca de las 11 p.m. debió despedirse, pero la llegada de algunas personas lo detuvo, y quedó conversando cosas de política hasta cerca de la 1 a.m. Al retirarse dijo que "tenía que trabajar temprano". Llegó al Hotel y le dijo a Everardo, su ayuda de cámara suizo, que le molestaba el brazo izquierdo (¿empezaba la parálisis?). A las 2 y minutos de la mañana se despertó angustiado, y con Everardo pudo comprobar que el derrame cerebral comenzaba: tenía medio cuerpo muerto. Como pudo, se hizo sentar en una butaca; en tanto que Everardo telefoneaba a los médicos, don José se desplomó al suelo, sufriendo un terrible golpe en el lado derecho de la cara y frente, con herida y profundos hematomas.

Hercelles, Carvallo y otro más hicieron la primera junta cerca de las 3 y media. El caso era gravísimo.

A las 6 de la mañana, aún consciente, don José pidió confesor. Sé que con la lengua medio entrapada les decía a los médicos, señalándoles el brazo muerto: "¿Y esto? ¡Mejórenme! ¡Sálvenme!". Confesó y recibió la extremaunción. No pudo comulgar. Cerca de las 8 de la mañana cayó en estado de coma definitivo.



A Riva-Agüero lo ha matado un derrame cerebral muy fuerte. Pero motivado por las contradicciones y mortificaciones del último mes y de septiembre, que se unieron al estado de inquietud en que lo tenía la política burguesa nacional y el descontento con los hombres y los absurdos métodos. Le ocurrió el derrame con presión casi normal (17), y quizás ayudó su arterioesclerosis. No es cierto que no se cuidara en comer. Yo lo he frecuentado y sé que es falso.

Las molestias finales fueron dos: una, la más fuerte, procedente del Consejo Superior de la Universidad Católica, donde se quiso separar del secretariado general a Pedro Benvenuto Murrieta, protegido de don José. Los motivos eran de vida privada y pequeña, por lo cual no los anoto. Riva-Agüero luchó contra ese intento y amenazó con irse de la Universidad Católica y revocar su testamento. En esas cosas tuvo controversias y hasta un áspero cambio de palabras con don Cristóbal de Losada Puga, pro-rector de la Universidad Católica y anti-Benvenuto conocido.

La segunda gran molestia ha sido con la cuestión del templo de Barranco. Como presidente de la Comisión Arquidiocesana de Monumentos de Arte Religioso, invitado a ello por el Sr. Arzobispo, reunió a dicha Comisión (donde yo soy miembro) y se publicó un pequeño comunicado llamando la atención sobre el derrumbe y demolición de dicho templo, que se va a hacer para edificar otro. El alcalde de Barranco, Sr. Montero Bernales, tomó la cosa con alharacas y se publicaron memoriales en el periódico, una carta suya muy detonante, un editorial de *La Prensa* contra la Comisión de Monumentos, etc., etc. Hasta la Srta. Belén de Osma, prima afectísima de Riva-Agüero, se dio por resentida con éste, porque presidía el comité de damas barranquinas para la reconstrucción del templo. Continuó otro comunicado de la Comisión. Y en puridad de verdad, el lío se debe a la precipitación y olvido del Sr. Arzobispo, que todo aquello lo había autorizado hace más de un año.

A don José le oía repetir, muy indignado, en la última sesión de la Comisión, reunida en su despacho de la casa de Lártiga, que estas detonancias de Montero con nosotros (en realidad quería decir: con él) significaban una "verdadera inversión de valores".

Lo había afectado también, últimamente, el abandono que se dice ha hecho de su posible candidatura presidencial el general Eloy Ureta. Para la naturaleza finísima y conmovida de Riva-Agüero, estos incidentes lo amargaron profundamente y, quizás, precipitaron la crisis mortal. ¡Miseras causas para tan tremendo efecto!



Los pasadizos del cuarto piso en el Hotel Bolívar estuvieron continuamente atestados de gente, mañana, tarde y noche íntegras. Todos presintieron la desgracia. Con instinto extraordinario se agruparon para esperar, angustiadamente, los últimos momentos del gran hombre, personas de ambos sexos que representaban la clase tradicional del Perú. Señoras, parientes, amigos, profesores, universitarios, personajes de la política.

¡Cuánta angustia! Creo haber contemplado un sentimiento colectivo de abandono, de horfandad espiritual, crispante a todos. No hubo burgueses ni frívolos en esa terrible antesala de tres noches. Lo admirable era ver a la clase tradicional casi en pleno, pero sin diferencias económicas: viejecitas y hombres distinguidísimos, sin pieles ni abrigos casi, con el mismo sentido de equilibrio que los demás. Mucho se rezaba. Tomáronse dos departamentos (el 400 y el 408) para recibo y noticias.

El domingo Lima íntegra sabía la gravedad. A las 10 y media de la noche hubo en el Hotel la falsa alarma de la muerte de don José, por la precipitación nerviosa de un mucamo gallego que servía siempre aquel departamento. Fue, me dicen, una escena atroz. Pero pudo luego restablecerse la espera.

Don José, desde el sábado a las 7:30 a.m. hasta el instante de su muerte, no recobró el conocimiento.

El lunes apareció una mejoría leve. Buena respiración, pulso menos agitado, orejas sonrosadas, fiebre menor: 37.9°. Ya se había hecho una punción al líquido raquídeo, que salió muy mezclado con sangre. Cundió el optimismo. Se recordaban casos similares, etc., sin embargo de que en las frecuentes juntas de médicos nada se decía de nuevo.

El martes 24, a mediodía, llegué al Hotel y el panorama había cambiado. Riva-Agüero se demacraba, la fiebre era de 40.4°, la respiración se agitaba. Volvió el estupor, esta vez ya sin esperanzas. El día fue muy pesado. Cuando regresé, a las 9:45 de la noche, el fin estaba ya descontado. En esos momentos un jovencito Huidobro, ahijado de Riva-Agüero, salía corriendo a traer una vela de bien morir. Dentro del cuarto se rezaban las oraciones de moribundos y del alma, dirigidas por un padre jesuita, y este tristísimo rezo llegaba al pasadizo donde nos encontrábamos.

Continuó toda la noche la aplicación del oxígeno. Descansamos de 3 a 5:40, en un cuarto, Benvenuto, Indacochea y yo. A esa hora temprana hallé en el pasadizo a don Guillermo Swayne, profundamente conmovido. A las 6 ya pude penetrar al cuarto de don José y verlo por primera vez. Tenía la cabeza recostada del lado derecho, y su respiración tenía ya el jadeo y ronquido agónicos; se le aplicaba balón tras balón de oxígeno. Permanecí hasta las 10 de la mañana recostado en un rincón del cuarto, contemplando el fin de mi maestro. Rodeaban la cama sus primos Salvador y Raúl de la Riva-Agüero, la hermana de éstos (señora de Liceti), los fieles servidores Everardo (suizo) y Manuela (española), y sus abnegadísimas parientes doña Isabel Panizo y doña Belén de Osma. A las 10 salí para mi labor en la Universidad.

Don José murió a las 12:19 m., luego de una agonía de quince horas. Era el miércoles 25 de octubre de 1944. Se había roto la columna, el puntal, el dique.

□□□

Fue embalsamado el cuerpo en una salita lateral de la Iglesia de la Recoleta, que sirve para catecismo. Vistiéronlo con el hábito franciscano y alguien (¿Everardo?) tuvo el acierto de colgar en su pecho las medallas más queridas por don José (medallas, no sus condecoraciones). Eran: la de la Real Academia de la Lengua, la de la Real Academia de la Historia, la de doctor en la Universidad Católica del Perú, la de doctor en la Universidad Mayor de San Marcos, y la cruz blanca de la Orden de Malta, nobilísima institución europea, de la cual era caballero. En las manos, un pequeño crucifijo de marfil.

Así fue exhibido miércoles y jueves. El viernes en la mañana se hizo el muy solemne funeral en la Basílica y el entierro. Entre los discursos, el más conmovido y hermoso me pareció dicho por don José Gálvez, su gran amigo. El ataúd era todo de bronce, pesadísimo: ocho personas no lo dominaban sino para media cuadra. Costó dos mil quinientas libras.

Cerca de la 1 del día quedaba solo don José en su mausoleo familiar, rodeado, ceniza próxima, de la de sus deudos inmediatos. Empezaba el diálogo eterno con las más preclaras figuras de nuestra historia, al amparo radioso de la luz de Dios y acompañado de sus amadísimos antepasados.

(*Apuntes manuscritos del Dr. Jorge Zevallos Quiñones*). □

Notas

1. Junto con las fuentes de archivo y referencias éditas, para la composición de este ensayo han pesado los informantes orales. Quisiera agradecer la cooperación que recibí, en sucesivas entrevistas realizadas en 1994, de parte de don Fernando Stiglich Gazzani (12 de mayo), don Jorge Zevallos Quiñones (18 de mayo) y don Ricardo Arbulú Vargas (8 de setiembre), todos graduados por la Universidad Católica y en su momento allegados de Riva-Agüero.

2. Carlos E. CARPIO RAMIREZ, *Análisis jurídico de las disposiciones testamentarias de don José de la Riva-Agüero y Osma*, tesis para el título de Abogado (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Derecho, 1994), p. 165-166. Dicha copia mecanográfica, no autenticada, se encuentra en el Archivo Histórico Riva-Agüero, Lima.

3. José JIMENEZ BORJA, «José de la Riva-Agüero y Osma», en *Biblioteca Hombres del Perú*, 4ª serie (Lima: Editorial Universitaria, 1966), XL, p. 41.

4. Luis Alberto SANCHEZ, «Cómo conocí a Riva-Agüero», en *Nueva Corónica*, nº 1 (Lima, 1963), p. 15.
5. Aurelio MIRO-QUESADA SOSA, «Discurso de orden en el acto académico del 23 de octubre de 1964», en *Homenaje a Riva-Agüero en el XX aniversario de su muerte* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 1965), p. 22.
6. Teodoro HAMPE MARTINEZ, *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1917-1987* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1989), p. 38.
7. SANCHEZ, «Cómo conocí a Riva-Agüero», p. 21-22.
8. JIMENEZ BORJA, «José de la Riva-Agüero y Osma», p. 47.
9. En una comunicación fechada el 5 de julio de 1994 el gerente del Hotel Bolívar, Guillermo Lanfranco Nosiglia, respondía a nuestra inquietud: «...debo manifestarle que, lamentablemente, no contamos con documentación de esa época (es decir, 1940 a 1944). Hace muchos años hubo un incendio en el Hotel, y muchos registros fueron consumidos por el fuego». Hemos podido reconstruir algunos detalles de la estancia de Riva-Agüero gracias a la colaboración de Ricardo López Domínguez, antiguo telefonista, y Juan García Rodríguez, antiguo conserje del Hotel.
10. MIRO-QUESADA SOSA, «Discurso de orden», p. 28-29.
11. El cuaderno, de 23 fojas útiles, lleva por título *Recuerdos de mi venerado maestro y amigo entrañable* (Lima, 1944). Agradecemos sinceramente al abogado Jorge Zevallos-Quiñones Pita por las facilidades que nos brindó en la consulta de este testimonio.
12. Dichas agendas permanecieron guardadas hasta 1993, junto con otros objetos de uso personal de Riva-Agüero, en una bóveda del Banco Wiese, en Lima. Por esto no figuran en nuestro «Catálogo de los cuadernos y libretas manuscritos de José de la Riva-Agüero», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, nº 11 (Lima, 1977-1981), p. 147-172.
13. En la fachada de esa residencia (hoy Museo de Arqueología del Instituto Riva-Agüero), frente al jirón de la Unión, reza la placa literalmente: «En esta casa vivió los años postreros de su esforzada existencia, y en ella falleció el 24 de octubre de 1842 para renacer a la gloria de la inmortalidad, BERNARDO O'HIGGINS, libertador de Chile y prócer de la independencia del Perú».
14. Esta chequera se guarda en el Archivo Histórico Riva-Agüero. Los tres cheques mencionados llevan los números 798.951, 798.952 y 798.953, respectivamente.
15. José Carlos MARTIN, *Memorias de Everardo* (Lima: ed. privada, 1995), p. 4 [texto de una conferencia dictada en las Jornadas de estudio sobre «Vigencia de José de la Riva-Agüero y Osma», en la Pontificia Universidad Católica del Perú, el 9 de setiembre de 1994].
16. Hemos recogido la información de que, una vez muerto Riva-Agüero en 1944, Everardo Loetscher no regresó a su país y prefirió quedarse trabajando como empleado del Hotel Crillón, en el centro de Lima.

LA MUERTE Y SUS CIRCUNSTANCIAS

17. Instancia sometida por Eduardo Marisca Lozano a los Registros de la Propiedad Inmueble de Lima, el 28 de noviembre de 1946. Quisiera expresar mi gratitud al Ing. Fernando Giuffra Fontanés, director de Finanzas de la Universidad Católica, por haberme brindado copia de la documentación correspondiente al inventario de bienes de Riva-Agüero.

18. Cf. HAMPE MARTINEZ, *El Banco Central de Reserva y la economía peruana: 75 años de historia (1922-1980)*, Lima: Banco Central de Reserva del Perú, en prensa, 1ª parte, cap. 5.

19. Cf. CARPIO RAMIREZ, *Análisis jurídico de las disposiciones testamentarias*, p. 12.

20. *Revista de la Universidad Católica*, XIII: 1 (Lima, abril 1945), p. 59.

21. Según evoca José Agustín de la Puente Candamo (comunicación oral de 1982), sus relaciones personales con el Marqués se intensificaron durante los dos o tres últimos años de vida de éste, cuando solía organizar tertulias con grupos juveniles en su alojamiento del Hotel Bolívar. Lo que más le impresionó de Riva-Agüero fue la coherencia entre su pensamiento y su vida; su honestidad, su rectitud; la solidez y rotundidad en sus expresiones; y la convicción de que la política debía estar al servicio de la patria. Cf. HAMPE MARTINEZ, «José A. de la Puente Candamo en la historiografía peruana», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, n° 12 (Lima, 1982-1983), p. 152.

22. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, n° 2 (Lima, 1953-1955), p. 271.

23. HAMPE MARTINEZ, *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, p. 49-50.

24. CARPIO RAMIREZ, *Análisis jurídico de las disposiciones testamentarias*, p. 80-89.

25. Con fecha 17 de setiembre de 1930 el juez José Ramírez, titular en la provincia de Lima, había reconocido formalmente a Riva-Agüero como hijo adoptivo y heredero universal de doña Rosa Julia de Osma y Sancho Dávila, IV Marquesa de Casa Dávila (1852-1930). Véase CARPIO RAMIREZ, *Análisis jurídico de las disposiciones testamentarias*, p. 32.

26. Hemos consultado esta escritura de última voluntad de Riva-Agüero, así como las posteriores de 1935, 1938 y 1939, en las copias que guarda la Dirección de Finanzas de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

27. CARPIO RAMIREZ, *Análisis jurídico de las disposiciones testamentarias*, cap. IV, § 2, p. 219 ss.

28. Con arreglo al mismo instrumento judicial, en 1957 se formó una junta administradora de la herencia de Riva-Agüero, que fue puesta al cuidado de Germán Ramírez-Gastón Fernandini, tesorero general de la Universidad. Véase HAMPE MARTINEZ, *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, p. 48.

29. Como es sabido, Arbulú Vargas acabó sus días (el 25 de mayo de 1995) ejerciendo la dirección de la Biblioteca Benvenuto, legada por este último a la Universidad del Pacífico, en Lima. Para conocer mejor la vida y trayectoria intelectual del eminente investigador del lenguaje peruano,

cf. *Elogio y bibliografía de Pedro Manuel Benvenuto Murrieta* (Lima: Universidad del Pacífico, Departamento Académico de Humanidades, 1981), y especialmente la bio-bibliografía compuesta por Arbulú Vargas, en las p. 109-269.

30. René PORRAS MELGAR, *Los ofidios. Ni Católica, ni Pontificia* (Lima: CONCYTEC, 1990), p. 10.

31. Ricardo ARBULU VARGAS, «Testimonio (para René Porras)», en *Los ofidios* (cit.), p. 12-13.

32. *Recuerdos de mi venerado maestro y amigo entrañable* (cit.), fols. [19] y [20v].

33. *El Comercio*, Lima, 25 de octubre de 1944 (ed. de la mañana), n° 54.679, s.v. «Inauguración de una placa en la casa donde murió el prócer Bernardo O'Higgins», p. 3.

34. *El Comercio*, Lima, 25 de octubre de 1944 (ed. de la tarde), n° 54.680, p. 1.

35. Tomamos estas noticias sobre el ceremonial funerario de *El Comercio*, Lima, 27 de octubre de 1944 (ed. de la mañana), n° 54.683, s.v. «Lista de alumnos que cargarán el ataúd del Dr. José de la Riva-Agüero», p. 4, y *El Comercio*, Lima, 28 de octubre de 1944 (ed. de la mañana), n° 54.685, s.v. «Se realizó ayer el sepelio del Dr. José de la Riva-Agüero y Osma», p. 5 y 7.

36. «Las honras fúnebres», en *Mercurio Peruano*, XIX: 213 (Lima, diciembre 1944), p. 673.

37. Pedro M. BENVENUTTO MURRIETA, «Semblanzas de Riva-Agüero», en *Mercurio Peruano*, XXIX: 333 (Lima, diciembre 1954), p. 893-894.

38. SANCHEZ, «Cómo conocí a Riva-Agüero», p. 24.

39. Gertrude HIMMELFARB, «De héroes, villanos y criados», en *Facetas*, n° 99 (Washington, DC, enero 1993), p. 67-68.

40. *Ibid.*, p. 70.